

en la balanza de la justicia, con arreglo á su mision especial, la cual solos ellos estan en disposicion de cumplir debidamente <sup>(1)</sup>.

Principios de politica, pag. 287, 297.

---

NOTA X., TOM. I., PAGINA 182.

De la libertad religiosa.

La única medida que sea razonable y conforme á los verdaderos principios, por lo que respecta la religion, es el establecimiento de la libertad de cultos, sin restriccion, sin privilegios y aun sin exigir á los individuos, con tal que observen en lo exterior las formas puramente legales, declaren su asenso en favor de un culto particular.

Se ha querido sustituir una especie de intolerancia civil á la religiosa, en el dia en que el progreso de las ideas se oponen á esta última y en apoyo de esta nueva especie de intolerancia se cita con frecuencia á Rousseau que amaba todas las ideas de libertad y que ha dado pretextos á todas las pretensiones de la tiranía.

« Hay, dice Rousseau, una profesion  
 » de fe puramente civil, y pertenece al  
 » soberano fijar sus artículos, no preci-  
 » samente como dogma de religion, sino  
 » como preceptos sociales. Sin poder  
 » obligar á nadie á la creencia de estos  
 » dogmas, puede desterrar del estado á  
 » cualquiera que no los crea. Puede des-  
 » terrarlo no como impío sino como in-  
 » sociable. » <sup>(1)</sup> ¿ Como se conciliaria la

Rousseau, Contrato social, libro iv, capítulo 8.  
 Añade : « que si alguno despues de haber reconocido  
 » públicamente estos mismos dogmas no los creyese,  
 » sea castigado de muerte, por haber cometido el  
 » mayor de los crímenes, el de haber mentido ante las  
 » leyes. » Pero el que tiene la desgracia de no creer  
 esos dogmas no puede declararlo sin exponerse al  
 destierro; y si sus inclinaciones le retienen, si tiene  
 familia, muger, hijos á quienes siente dejar, para  
 precipitarse en un destierro, ¿ no es Rousseau mismo  
 el que le obliga á hacer lo que llama el mayor de  
 los crímenes, á mentir ante las leyes? Diré, pues,  
 que en esta circunstancia, estoy muy lejos de creer  
 que semejante mentira fuese un crimen. Cuando  
 estas, llamadas leyes exigen de nosotros la verdad  
 para proscribirnos, no debemos decírsela.

equidad con la justicia en un estado que  
 decidiese de la creencia que debia adop-  
 tarse? ¿ Que me importa que el soberano  
 no me obligue á creer si me castiga por-  
 que no creo? ¿ que no me imponga pena  
 como impío si me la aplica como inso-  
 ciable? ¿ que su autoridad se abstenga de  
 las sutilezas teológicas, si se extravia en  
 una moral hipotética, no menos sutil ni  
 menos agena á su jurisdiccion natural?

No tengo conocimiento de ningun sis-  
 tema de servidumbre que haya consa-  
 grado errores mas funestos, que la eterna  
 metafísica del contrato social.

La intolerancia civil, es tan peligrosa,  
 mas absurda y sobre todo mas injusta  
 que la religiosa: es tan peligrosa, porque  
 tiene los mismos resultados bajo otros  
 pretextos; mas absurda, por no ser cau-  
 sada por el convencimiento, y mas in-  
 justa, porque el mal que origina no es  
 por deber sino por cálculo.

La intolerancia civil toma mil formas y

se refugia donde puede para sustraerse al razonamiento. Vencida en principios disputa sobre la aplicacion. Se han visto hombres perseguidos por espacio de treinta años, decir al gobierno que los libertaba de su larga proscriccion, que si era necesario hubiese en un estado muchas religiones positivas, no lo era menos impedir que las sectas toleradas no produjesen, dividiéndose, nuevas sectas <sup>(1)</sup>. Pero cada secta tolerada, ¿es acaso otra cosa que una subdivision de una secta antigua? ¿Sobre qué títulos disputaria á las generaciones futuras los derechos que ha reclamado contra las pasadas?

Se concibe el objeto de la intolerancia, cuando impone á todos una sola profesion de fe: al menos es consecuente. Puede creer que mantiene á los hombres en el santuario de la verdad; pero cuando se permiten dos opiniones, como una de las dos ha de ser necesariamente falsa, si se

<sup>(1)</sup> Discurso de los judios al gobierno frances.

autoriza al gobierno á forzar á los individuos de la una y de la otra á permanecer adheridos á la opinion de su secta, ó á las sectas á no cambiar nunca de creencia, se le faculta formalmente á prestar su apoyo al error.

La libertad absoluta de todos los cultos es favorable á la religion y conforme á la justicia.

Si la religion hubiera estado siempre en completa libertad, creo que nunca habria sido otra cosa mas que un objeto de respeto y de amor. No podria concebirse por que extravagante fanatismo se la convirtiese en objeto de odio ó malevolencia. Este recurso de un ser desgraciado á un ser justo, de un hombre débil á un Dios bueno, me parece no debe excitar, aun en los que la consideran como quimera, mas que interes y simpatía. El que califica de errores todas las esperanzas de la religion debe padecer mas que los otros, del conjunto universal del sufrimiento de

todos los seres, de los clamores de dolor dirigidos á un bronce des de todos los puntos de la tierra para quedar burlados, y de la ilusion de socorro que supone como respuesta, el ruido confuso de tantas súplicas repetido á lo lejos en el aire.

Las causas de nuestras penas son infinitas: la autoridad puede proscribirnos, la mentira calumniarnos, los lazos de una sociedad facticia nos molestan, la naturaleza inflexible nos hiere en lo que mas amamos, la ancianidad se adelanta hácia nosotros, ; época sombría y solemne en la que se oscurecen los objetos y parecen retirarse, esparciéndose sobre cuanto nos rodea un no sé que de frio y opaco!

Contra tantos dolores buscamos por todas partes consuelos, y estos si han de ser durables son religiosos. Cuando nos persiguen los hombres, creamos una especie de recurso superior á ellos. Cuando vemos desvanecerse nuestras mas caras esperanzas, la justicia, la libertad, la pa-

tria, nos lisonjamos con la idea de que existe en alguna parte un ser que nos recompensará de haber sido fieles á pesar de las circunstancias de nuestro siglo á la justicia, á la libertad y á la patria. Cuando sentimos la pérdida de un objeto amado, edificamos un puente sobre el abismo y lo pasamos con el pensamiento; en fin cuando nos deja la vida, procuramos hallar otra. De este modo, la religion es en su esencia, la compañera fiel, la ingeniosa é infatigable amiga del desdichado.

Aun es mas: consoladora de la desgracia es al mismo tiempo la mas natural de nuestras emociones. Todas nuestras sensaciones físicas, y nuestros sentimientos morales la fomentan en nuestro corazon. Todo lo que nos parece sin límites y produce en nosotros la noción de la inmensidad, la vista del cielo, el silencio de la noche, la vasta extension de los mares; todo lo que nos conduce á la ternura ó al entusiasmo, la conciencia de una ac-

cion virtuosa, de un sacrificio generoso, de un peligro despreciado valerosamente, de la desgracia agena socorrida ó aliviada, todo lo que excita en nuestra alma los elementos primitivos de la naturaleza, el desprecio del vicio, el odio á la tiranía, se alimenta con el sentimiento

Este sentimiento es la base de todas las pasiones nobles, delicadas y profundas: así como ellas, tiene algo de misterioso, pues la razon natural no puede explicar ninguna de estas pasiones, de un modo satisfactorio. El amor, por ejemplo, esta exclusiva preferencia por un objeto, sin el que habiamos vivido mucho tiempo y al que se parecen tantos otros; la necesidad de la gloria, esa sed de una fama que debe perpetuarse aun despues de nuestra existencia; la satisfaccion que disfrutamos en el sacrificio de nuestra voluntad contrario al instinto natural de nuestro egoismo; la melancolía, tristesa sin causa, en cuyo intervalo,

se goza una especie de deleite incapaz de analizarse, y otras infinitas sensaciones que no pueden describirse y nos llenan de impresiones vagas y de emociones confusas, son inexplicables rigurosamente por las leyes del raciocinio y todas tienen afinidad con el sentimiento religioso. Todas estas cosas son favorables al descubrimiento de la moral: hacen salir al hombre del estrecho círculo de sus intereses, dan al alma aquella elasticidad, aquella delicadeza y exaltacion aguda de la vida comun y monotoná. El amor es la mas complicada de estas pasiones, porque tiene por objeto un deleite determinado cerca de nosotros y que llega hasta el egoismo. El sentimiento religioso, por el contrario, es la mas pura de todas las pasiones: no se pierde con la juventud; frecuentemente se fortifica en la edad avanzada como si el cielo nos lo hubiese dado para dulcificar la época mas acerba de nuestra vida.

Un sabio decia, que la vista del Apolo de Belvedere óde un cuadro de Raphael, le hacia mejor. En efecto, en la contemplacion de lo sublime, en toda clase de cosas, hay alguna causa que nos desprende de nosotros mismos, haciéndonos conocer que la perfeccion vale mas que nosotros y este convencimiento, nos inspira un desinterés momentáneo que despierta la facultad del sacrificio, origen de todas las virtudes. En la emocion hay alguna cosa, cualquiera que sea la causa, que hace acelerar la circulacion de nuestra sangre, que nos procura una especie de placer, que aumenta el sentimiento de nuestra existencia y de nuestras fuerzas, haciéndonos de este modo susceptibles de una generosidad, de un valor y de una simpatía superior á nuestra disposicion habitual. Aun el hombre pervertido es mejor cuando se halla conmovido, y por todo el tiempo que lo está.

No quiero decir por esto, que la pri-

cion del sentimiento prueba en cualquier individuo la falta de moral. Hay hombres en quienes el entendimiento es la parte principal y que no puede ceder sino á una evidencia completa. Estos, por lo comun, entregados á profundas meditaciones y preservados de la mayor parte de las tentaciones corruptoras, con el recreo del estudio ó el hábito de pensar, son capaces por consecuencia de una moral escrupulosa; pero en la muchedumbre de hombres vulgares, la falta del sentimiento religioso, no dependiendo de iguales causas, anuncia por lo comun segun creo, una frívola capacidad, un alma circunscripta á intereses pequeños é innobles ó una grande esterilidad de imaginacion: exceptuo el caso en que la persecucion haya irritado á estos hombres. El efecto de la persecucion es prevenir contra lo que ella dispone, y puede suceder entonces, que algunos hombres sensibles aunque altivos, indignados con-

tra una religion que se les impone, desechen sin exámen todo lo que concierna á ella; pero esta excepcion, que es de circunstancia, en nada altera la tésis general.

Si se me presentase un hombre ilustrado, ageno á todo sentimiento de religion, no formaria por eso, mala opinion de él; pero un pueblo incapaz de esta impresion, me pareceria privado de una facultad preciosa y desheredado por la naturaleza. Si se me acusase de que no defino de un modo preciso el sentimiento religioso, preguntaria de que modo se define con precision, esta parte vaga y profunda de nuestrassensaciones morales que por su misma naturaleza desafía, digámoslo asi, á todos los esfuerzos del lenguaje. ¿Como se definiria la impresion que produce sobre nosotros una noche oscura, un bosque antiguo, los silbidos del viento por entre las ruinas ó sobre las tumbas, el Océano que se prolonga á

lo infinito? ¿De qué modo se explicaria la emocion que causan los cantos de Ossian, la iglesia de san Pedro, la meditacion de la muerte, la harmonía de los sonidos ó la de las formas? ¿Como se definirá el delirio, ese estremecimiento interior del alma en que se confunden y pierden de un modo misterioso, todas las facultades intelectuales? En el interior de todas cosas estas hay algo de religion: todo cuanto es hermoso, íntimo y noble participa de ella.

Es el centro comun en donde se reunen, exentas de la accion del tiempo y del vicio todas las ideas de justicia, de amor de libertad y de caridad, que en este mundo pasagero forman la dignidad de la especie humana; es la tradicion permanente de lo grande y bueno, á pesar del envilecimiento y la iniquidad de los siglos, el eco eterno que habla el lenguaje de la virtud, el recuerdo de lo presente en lo porvenir, el gran recurso de

los oprimidos en cualquiera situacion, la última esperanza de la inocencia inmolada y de la debilidad ultrajada.

Pero ¿cual es la causa que esta aliada constante, este apoyo necesario, esta única luz en medio de las tinieblas que nos rodean, haya sido el blanco en todos los siglos de ataques frecuentes y encarnizados? ¿Por qué razon, la clase que se ha declarado la agresora, ha sido casi siempre la mas ilustrada, la mas independiente y la mas instruida? Porque se ha desnaturalizado la religion; porque se ha perseguido al hombre en este último asilo, en el santuario íntimo de su existencia: la religion se ha trasformado entre las manos de la autoridad, en institucion amenazadora. Despues de haber creado la mayor parte de nuestros padecimientos mas agudos, ha pretendido, el poder, mandar al hombre hasta en sus consuelos. La religion dogmática, potencia hostil y perseguidora, ha que-

rido someter la imaginacion del hombre al yugo de sus preceptos: se ha convertido en un azote mas terrible que el que debia hacer olvidar.

De aquí es que en todas las ocasiones en que los hombres han reclamado su independencia moral, esta resistencia á la religion que ha parecido dirigida contra la mas dulce de las afecciones, no lo era en efecto, sino contra la mas opresiva de las tiranías. Habiendo la intolerancia colocado la fuerza bajo las banderas de la fe, el valor se pasó á las filas de la duda; el furor de los creyentes ha exaltado la vanidad de los incrédulos y de este modo, el hombre ha llegado á hacer mérito de un sistema, que naturalmente, hubiera debido considerarlo como una desgracia: la persecucion provoca á la resistencia. Cuando la autoridad amenaza á una opinion, cualquiera que sea, excita á todos los espíritus que tienen algun valor, á la manifestacion de



ella. Hay en el hombre un principio de resistencia contra toda violencia intelectual. Este principio puede llegar hasta el furor, puede tambien ser la causa de muchos crímenes; pero es indudable que participa al mismo tiempo, de lo mas noble que existe en lo íntimo de nuestra alma.

Muchas veces me he visto oprimido de tristeza leyendo el famoso sistema de la naturaleza. Aquella tenacidad en un anciano de anonadar toda idea de la futuro, aquella sed inexplicable de la destruccion, aquel encono casi feroz contra una idea dulce y consoladora me parecian un extravagante delirio; pero acordándome de los peligros con que la autoridad sitiaba á este escritor, hallaba resuelto el problema. De tiempo inmemorial viene la costumbre de turbar la reflexion de los hombres irreligiosos: nunca se les ha dejado el tiempo ó la libertad de examinar con calma su propia opinion, por lo que han considerado esta,

como una propiedad de que se les queria privar y de consiguiente mas han tratado de justificarla ó defenderla que de profundizarla. Déjeseles, pues, en paz y bien pronto echarán una triste mirada sobre el mundo, que han despojado de la inteligencia y de la bondad suprema; ellos mismos se horrorizarán de su victoria, y no los sostendrá ni la agitacion de la lucha, ni la sed de conquista sobre el derecho de exámen, causas puramente de exaltacion: su imaginacion á pesar de hallarse ocupada con el convencimiento, volverá al fin, en sí lánguida é inactiva; considerarán al hombre solo en una tierra que debe consumirlo. Ei universo sin vida, unas generaciones pasajeras, fortuitas, aisladas, que aparecen en el espacio, sufren y mueren en él: ningun lazo existe entre estas generaciones cuya herencia acá es el dolor y allá la nada; tampoco hay comunicacion entre lo pasado, lo presente ni el porvenir: ninguna voz

se trasmite de las razas que existieron á las que existen y la de las generaciones presentes debe sumergirse un dia en el mismo silencio eterno. ¿Quién no ve que si la incredulidad no se hubiera encontrado con la intolerancia, la parte de desaliento que abriga este sistema, habria obrado de un modo tal en el alma de sus sectarios, que los contendria al menos en la apatía y en el silencio?

Todo el tiempo, repito, que la autoridad deja á la religion perfectamente independiente, se mantendrá intacta, porque ninguno tendrá interes en atacarla, ni aun por pensamiento; pero si la autoridad trata de defenderla, si sobre todo, quiere constituirla su aliada, no tardará mucho en combatirla la independendencia intelectual.

De cualquier modo que intervenga un gobierno en lo concerniente á la religion, le causa perjuicio.

Le hace daño cuando quiere sostenerla

contra el espíritu de exámen, porque la autoridad no puede obrar sobre el convencimiento y sí solo sobre el interes. ¿Qué gana en no conceder sus favores sino á los hombres que profesan las opiniones admitidas? Alejar de sí los que confiesan su opinion y que por consecuencia son francos, á lo menos: los otros saben eludir sus precauciones con una mentira fácil de pronunciar y de este modo establecen su jurisdiccion sobre el hombre escrupuloso, y quedan sin fuerza para con el corrompido.

Bajo otro aspecto ¿cuales son los recursos del gobierno para favorecer una opinion? ¿Confiará exclusivamente á sus sectarios los cargos importantes del estado? Pero los individuos desechados se irritarán con la preferencia. ¿Hará escribir ó hablar en favor de la opinion que profesa? Otros escribirán ó hablarán en sentido contrario. ¿Restringirá la libertad de los escritos, de las palabras

de la elocuencia, del raciocinio, de la misma ironía ó de la declamacion? Ya se nos presenta bajo otro aspecto: ya no trata de favorecer ó convencer sino de sofocar las luces ó de castigar á los hombres. ¿Piensa acaso, que sus leyes abrazarán todos los inconvenientes? ¿Que sus medidas represivas serán llevaderas? Se despreciarán y no harán otra cosa que agriar sin intimidar. Pero ¿se valdrá de la severidad? Entonces se convertirá en perseguidor, y si por desgracia llega á situarse en este precipicio, en vano tratará de contenerse.

Mas ¿qué podrá sacar de sus mismas persecuciones? Ningun rey, segun creo, tuvo mas prestigio en su favor que Luis XIV. El honor, la vanidad, la moda, la poderosa moda, todo era obediente á su voz. Prestaba á la religion el apoyo del trono y su ejemplo; hacia depender la salvacion de su alma de las prácticas mas rígidas, y habia persua-

dido á sus cortesanos que este objeto era de una importancia particular. Sin embargo á pesar de su empeño sostenido, de la austeridad de una corte, casi decrépita, y de los recuerdos de cincuenta años de gloria, se introdujo la duda en los entendimientos, aun antes de su muerte. Vemos en las memorias de su tiempo, cartas interceptadas por algunos aduladores asiduos de Luis XIV, ofensivas, dice madama de Maintenon, tanto á dios como al rey. Murió este, y el impulso filosófico rompió todos los diques; el raciocinio se desquitó de la esclávitad que habia impacientemente soportado y el resultado de una larga sujecion fue la incredulidad llevada al extremo.

La autoridad no hace menos daño y no es menos impotente cuando en medio de un siglo séptico quiere establecer la religion. Esta debe establecerse sola por la necesidad que el hombre tiene de ella y cuando se le inquieta con otras

consideraciones se le impide que sienta todo el poder de su conveniencia. Dicen, y yo lo creo, que la religion está en la naturaleza. Pues por lo mismo no debe posponerse este origen al de la autoridad. La intervencion de los gobiernos para la defensa de la religion, cuando la opinion les es desfavorable, tiene el inconveniente de verse defendida por hombres que no creen en ella: los gobernantes, asi como los gobernados se hallan sometidos á la marcha de las ideas humanas. Cuando la duda se ha introducido en la parte ilustrada de una nacion, penetra hasta el gobierno, pues en todo tiempo, las opiniones ó la vanidad son superiores á los intereses. En vano dicen los depositarios de la autoridad, que les conviene proteger la religion: en su favor pueden desplegar todo su poder; pero no se atreverán á sugetarse á consagrarle holocaustos. Por la inversa se complacen en que el público penetre su

segunda intencion y temerian aparecer convencidos, por temor de que se les creyese engañados. Si su primera frase tiene por objeto mandar á la credulidad, la segunda, la destinan á reconquistar para sí mismos, los honores de la duda, y somos malos misioneros cuando declamamos contra nuestra propia profesion de fe <sup>(1)</sup>.

Entonces se establece este axioma; que es menester una religion para el pueblo, lo cual lisongea la vanidad de los que lo repiten, porque de este modo, se separan de ese pueblo para el que la religion es precisa.

Este axioma es falso en sí mismo, puesto que significa que la religion es mas necesaria á las clases laboriosas de la sociedad, que á las ociosas y opulentas. Si aquella es precisa, lo es igualmente para todos los hombres y para todos los

(1) Se notó evidentemente esta propension en varios de los hombres que dirigian los asuntos de la iglesia, en los reinados de Luis XV y Luis XVI.